

La Fidelidad:

¿Qué significa fidelidad? La Fidelidad significa ser fiel a una persona; fiel a nuestra fe, por eso los católicos son llamados los fieles. Los fieles son los que tienen fe en el Señor, los que se han hecho sus discípulos, que están dispuestos a ser fieles a Él hasta la muerte.

¿Cuál es la fuente de nuestra fidelidad? Dios. Dios es fiel, La Sagrada Escritura para manifestarnos esta fidelidad inmutable de Dios a sus promesas, nos habla del Dios como nuestra roca. El que descansa en una roca, descansa en algo que no cambia, que está siempre está ahí mismo, que resiste el embate de las olas y no se altera.

Dios es nuestra roca. Dios aparece en toda la Sagrada Escritura fiel a sus promesas. Es el Dios fiel, fidelísimo. Uno de sus principales atributos es la fidelidad en cumplir lo que promete. Por eso Él puede pedirnos a nosotros fidelidad a Él, por que Él nunca cambia.

En la Historia Bíblica del Antiguo Testamento resalta, por una parte, esta fidelidad inmutable de Dios a su pueblo; realiza la Alianza y Él permanece siempre fiel en cumplir lo que prometió en la Alianza. Y por otro lado, resalta la inconstante fidelidad del pueblo.

El pueblo se comprometió por la Alianza en cumplir la Ley que Dios les entregó por Moisés. Constantemente el pueblo falta a esta fidelidad. No es solamente la infidelidad de las personas, sino la infidelidad del pueblo como tal, por eso, el destierro de Babilonia, castigo de la infidelidad del pueblo, para que el pueblo, ante este castigo, reflexione, reaccione y vuelva a ser el pueblo fiel, el pueblo escogido de Dios, que le responde con amor a su llamamiento.

Cristo aparece fiel. Él viene a hacer la voluntad del Padre: *“Siempre hago lo que a Él le agrada”* *“Mi alimento es hacer Su voluntad”*. Él viene a dar testimonio de la verdad y lo da durante toda su vida. Y cuando todo se ha cumplido, entrega su Espíritu en la Cruz: *“Todo está consumado”*. Él es fiel al Padre. Y Cristo nos hace a nosotros capaces de ser fieles. Él está lleno de gracia y de verdad. El Señor Resucitado tiene todo poder. Tiene el poder de hacernos a nosotros, tan inconstantes, tan variables, hacernos fieles, constantes, firmes, en nuestra adhesión a Él, a su Evangelio, a la Sagrada Escritura.

En el mundo actual se piensa que no hay compromisos definitivos. En el mundo de los siglos pasados, existía, por ejemplo, la realeza, la realeza hereditaria, era como un compromiso de una familia, de servir a su pueblo, dándole siempre un rey; un compromiso definitivo, y así en muchas cosas.

Hoy día, como principio, las funciones públicas duran un cierto tiempo, y todo dura un cierto tiempo. Todas las actividades son temporales, por cierto tiempo. Esto también ha querido aplicarse a lo religioso, y por eso, el matrimonio no es algo definitivo, también puede romperse su vínculo, y esto también quiere aplicarse a todo lo más sagrado, porque el hombre desea cambiar.

Por esto, en el Evangelio se nos revela al Señor, que es capaz de hacernos fieles hasta la muerte: *“Siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco, Yo te confiaré mucho”*, o sea, el Señor quiere esta fidelidad de toda la vida y la recompensa de esta fidelidad es tomar parte en su Reino, en la Casa del Padre.

No solamente nos pide Él la fidelidad en las grandes y difíciles cosas del Evangelio, también nos pide la fidelidad en lo pequeño que nos manda el Evangelio: *“El que es fiel en lo poco, será fiel en lo mucho. Y el que guardare estas pequeñas enseñanzas y enseñare a guardarlas, será tenido por grande en el Reino de los Cielos”*, o sea, la fidelidad constante, cotidiana a lo pequeño de la vida, nos da ante el Señor, nos alcanza ante el Señor una grandeza espiritual.

La fidelidad, entonces, es una virtud que aparece en su fuente primera en Dios, en Dios fiel. Cristo viene a hacer posible esta fidelidad en el hombre. Debe ser, entonces, una característica muy clara de nuestra vida cristiana la fidelidad constante a Jesús, la fidelidad a su Evangelio, la fidelidad a su Iglesia: *“El que a vosotros oye, a Mí me oye”*. El oír constantemente a la Iglesia y seguirla, es oír y seguir constantemente al mismo Jesús.

¿Qué se necesita para guardar esta fidelidad? En primer lugar el tener esta seguridad de que solamente Cristo puede hacernos perfectamente fieles. Cada uno de nosotros de nosotros de por sí es inconstante, es mudable.

Y uno no nota que de tiempo en tiempo se afloja en sus resoluciones y tiende a dejarlas. Y lentamente vamos descuidando nuestros deberes, nuestros compromisos sagrados. Las influencias que recibimos de todas partes, en el ambiente que vivimos, nos hace ir aflojando lentamente los lazos que nos unen con el Señor y con la Iglesia. Tal vez no cortamos esos lazos, pero se van debilitando. Y tal vez de pronto nos damos cuenta que estamos en la Iglesia, que amamos al Señor, pero lo servimos tarde mal y nunca.

Lo servimos mal, con negligencia, con tibieza, con descuidos, y a veces largos espacios de tiempo en que nuestra vida cristiana la llevamos con suma negligencia; negligencia en el amor a nuestro prójimo, negligencia en la oración, negligencia en la entrega pronta al servicio de Dios y de los demás. Cada uno sabe las negligencias en que uno suele incurrir más frecuentemente en su vida. Solamente Cristo es el que tiene la fuerza de darnos esta fidelidad.

Vamos a ver, ahora, en segundo lugar, que el alma de la fidelidad es el amor. No es una fidelidad como la de un funcionario que nunca falta a su oficina, que siempre tiene los papeles en orden. No es la fidelidad de un funcionario que cumple un deber, que cumple un reglamento. Es mucho más que eso: es la fidelidad del que sabe amar.

Cuando Jesús dice: *“Yo hago siempre lo que agrada a mi Padre”*, está expresando su actitud íntima de amor a su Padre. Está expresando que Él siempre mira el rostro de un Padre y que su anhelo único en toda su existencia es agradar al Padre: *“Siempre hago lo que Él le agrada”* y por eso, cuando el Padre quiso dar un testimonio de su Hijo, dijo: *“Este es mi Hijo amado, en quien he puesto mis complacencias”*

¿Por qué el Padre se complace en el Hijo?. Porque es el Hijo fiel, que siempre agrada a su Padre. El alma de esta fidelidad de Jesús es el amor, que siempre tiene vivo y con toda su intensidad al Padre. No es un amor, digámoslo, a borbotones, que tiene momentos de intensidad, que tiene momentos de flojedad, sino que es un amor siempre fuerte, siempre vivo, siempre presente. Y este es el alma de la fidelidad de Jesús al Padre.

Jesús nos comunica su Espíritu, el Espíritu que da el amor: *“La caridad de Dios ha sido difundida en nuestros corazones por el Espíritu que nos ha sido dado”*. Siempre tenemos con nosotros el Espíritu de Jesús. Vivimos en gracia, tenemos el Espíritu de Jesús, que alimenta y que es la fuente constante de nuestro amor, de nuestra caridad sobrenatural. Esta es la fuente y el alma de la fidelidad cristiana al Señor, a la Iglesia, a nuestros hermanos.

La Eucaristía alimenta incesantemente este amor, por lo tanto, nos fortifica en esta fidelidad.

Cada uno de nosotros se da cuenta cuando comienza a descuidar deberes; comienza a ser negligente en las actitudes del amor con el Señor o con el prójimo; comienza a ser negligente en la manera de realizar las tareas cotidianas.

¿Qué nos exige la fidelidad del Señor? Necesitamos darnos tiempo todos los días, para percibir claramente: si nuestra actitud de amor disminuye, se hace intermitente. Y somos responsables, en el momento en que nos damos cuenta, **de volvernos nuevamente al Señor**. Y cuando uno dice: quiero ahora nuevamente volver al Señor, **es porque Él está ahí llamándonos**. Si nos hemos dado cuenta, es porque **Él está ahí iluminado nuestro caminar; está ahí mostrándonos el decaimiento en que estamos incurriendo**. Somos responsables de estar atentos...

El examen de conciencia, entonces, mas que tomar nota de las faltas, es percibir la profundidad del alma, con toda sinceridad.

- ¿Qué actitud mantengo yo con el Señor?
- ¿Qué actitud mantengo yo con el prójimo?
- ¿Qué actitud mantengo en el cumplimiento de toda esta clase de deberse de mi vida cotidiana?

Debemos contar siempre con la luz del Espíritu, para percibir prontamente estas negligencias, que se van introduciendo en nuestra vida diaria.

Somos responsables de tomar con prontitud las medidas necesarias. Cuando uno comienza a decaer, a ser infiel en lo poco, tema llegar a ser infiel en lo mucho, conforme a lo que nos dice el Evangelio.

Somos responsables de reflexionar:

- ¿Qué me está sucediendo?
- ¿Qué debo hacer?.

Si queremos avivar en nosotros el amor que se va adormeciendo, necesitamos: Volvernos a Cristo, darnos tiempo para estar con Él, **para orar, porque es el contacto con Cristo el que reanima la llama de nuestra caridad**. Cuando uno percibe que va decayendo y no reacciona, uno es culpable: es negligencia culpable.

El Señor nos llama a una fidelidad de toda la vida, no de un tiempo, no de momentos en que nos sentimos muy contentos. Y la firmeza y la profundidad cristiana a estar dispuestos a ser fieles siempre, todos los días, hasta la muerte. **Esto nos pide Jesús.**

Si es un atributo divino, tan propio de Dios, la fidelidad que Él tiene en cumplir sus promesas y jamás faltar a sus promesas, nuestra respuesta es darla esa misma fidelidad a Él, apoyados en Cristo Jesús. Por eso, en este mundo, en que la

influencia constante, el ambiente, es llevarnos a compromisos por tiempos determinados, o sea compromisos que son pasajeros, más o menos prolongados, pero pasajeros...

Esta influencia que se respira en el Cine en que los deberes más sagrados se cortan, se cambian: deberes sagrados del matrimonio, deberes sagrados hacia los hombres, hacia el servicio de los demás; en la vida religiosa, en la vida sacerdotal. Es tan fácil que recibamos esta influencia y que no le demos tanta importancia a la fidelidad constante que exprese la calidad de nuestro amor.

Si queremos evitar una fidelidad del detalle por el detalle, de la ley por la ley es necesario que siempre estemos alimentando nuestro amor, en la fidelidad en el amor, en la fidelidad al Ser que nos ama mas que nadie en el mundo.

Así como la fidelidad de la esposa a su marido, no es por la razón de un artículo del Código Civil, que manda a la mujer ser fiel al esposo. La mujer que es fiel, porque lo manda un artículo del Código Civil, seguro que no es fiel de verdad.

La fidelidad de la mujer auténtica es, porque ama a su esposo, porque ama a sus hijos, y por eso, desea ser solamente de él, estar solamente dedicada a sus hijos y al servicio de los demás. Esta es la raíz íntima, secreta, de la fidelidad cristiana.

Entonces, nunca debe verse en nuestra fidelidad de todos los días, una actitud como reglista, legalista, sino que debe verse una actitud muy natural del ser que ama con espontaneidad, y porque ama con espontaneidad, desea estar siempre agradando a quien ama.

Pertenecer a un Instituto Secular, significa un compromiso de suma fidelidad. Ha sido un compromiso voluntario, respondiendo a un llamado del Señor. Este llamado es una consagración para amar a El, a la Iglesia, al prójimo, en servicios determinados. Es una fidelidad a un estilo de vida, a ciertos criterios. Es una fidelidad, también, a ciertos detalles, a ciertas practicas, que resguardan la fidelidad a lo grande. Todo esto entra en el compromiso de fidelidad, que se contrae al responder al llamado del Señor.

El buen criterio cristiano, el buen uso de su propia libertad, le indicará a uno, en cada momento, cómo debe ser su fidelidad: lo que es más importante, lo que es menos importante en un caso determinado, para saber lo que debe hacer, ciertamente; pero nunca lo va a liberar de sus compromisos.

Y cuando una tiene dudas el compromiso debe dejarlo en tal o cual momento -como es tan fácil que nos engañemos a nosotros mismos- por eso hay autoridades a quien consultar, u otras personas, según los casos, para quitar el subjetivismo y para evitar es tendencia tan natural, que nos lleva a aflojar los deberes que nos son penosos.

El Evangelio nos muestra también a María en su gran fidelidad a Jesús: la Virgen fiel, y nos presenta una fidelidad inteligente. María nos advierte: antes de dar tu respuesta a Jesús, en cualquier cosa que El te pida, pregúntale, reflexiona... Debes saber siempre, muy claramente, a qué te comprometes...

Y cuando da tu respuesta es porque ya han reflexionado y sabes a lo que te comprometes... Y sabes que al comprometerse, Jesús está contigo, para fortificar tu voluntad, débil e inconstante.

Por eso, en nuestra consagración, siempre debemos mirar la fidelidad de María a Jesús, al Padre: Esta fidelidad de María en el servicio constate de los hombres. Miremos, entonces, a nuestro corazón y con mucha realidad, descubramos, con la luz del Espíritu de Dios, cuáles son las raíces de nuestras propias infidelidades.

¿Qué hacemos?, ¿Qué debemos hacer? Para ir cambiando esos estados de alma, para ir quitando esas raíces; para ir afirmando nuestra fidelidad al llamado de Jesús.